



• EJETACK •

LA ESPERANZA DE SOP



AURÉLIEN MBARGA · JOEL TAMKO
ADAPTACIÓN Y PRÓLOGO DE CHEMA CABALLERO

A lo mejor el A. E. Ramassà no gana partidos cuando viaja a África, pero sí gana corazones. Para cautivar el mío no necesitó echar mano de arrumacos y dulces promesas. Fue un amor a primera vista. Todo sucedió durante el viaje que el club hizo a Costa de Marfil en 2019. Es verdad que el fútbol, los entrenamientos, los partidos o el ambiente que todo eso genera llamaron mi atención, pero fue mucho más que eso. Lo que me atrajo realmente fue el descubrir que el verdadero ADN de este club es favorecer la inclusión social de los niños, niñas y jóvenes más desfavorecidos y que ha hecho del deporte una herramienta para conseguir ese fin. Toda una revolución en el campo de la cooperación internacional.

Tras el primer conocimiento llegaron las confidencias y me hablaron de su proyecto en Etetack, uno de los barrios más difíciles de Yaundé, la capital de Camerún. En la primera ocasión que tuve me acerqué hasta allí para ser testigo de aquella realidad y, entonces, si me había quedado alguna duda sobre las verdaderas intenciones del equipo se me borraron de golpe. Es increíble lo que a través del fútbol el Ramassà ha logrado generar allí: ahora decenas de niñas y niños no solo juegan al fútbol, sino que, sobre todo, tienen una oportunidad de estudiar y, por primera vez en sus vidas, la esperanza de salir de la pobreza y la marginación y lograr una vida mejor.

Este cuento resume muy bien la filosofía del Ramassà. A través de una historia muy real se puede descubrir la gran labor social que este equipo realiza allí por donde pasa. Espero que, a pesar de su dureza, disfrutéis de su lectura.



Chema Caballero

Periodista especialitzat en l'Àfrica Subsahariana,
assessor d'ONG i col·laborador d'El País.

Hola, me llamo Sop Nkonmeu, tengo diez años y nací en un pueblo llamado Donmanianko, en Camerún. Allí vivía feliz con mi padre y mi madre, iba al colegio y jugaba al fútbol todos los días, que es lo que más me gusta en esta vida. Pero en mi región había una guerra entre un grupo rebelde y el ejército. Yo no era consciente de ella, no me enteraba muy bien de lo que pasaba hasta que un día mi vida y la de mis padres cambió por completo.



Recuerdo muy bien que ese día yo estaba jugando al fútbol, como hacía todas las tardes después del colegio. También recuerdo que mi amigo Tito me dio un pase. Yo lo recibí y sin pensarlo dos veces chuté con todas mis fuerzas a puerta. El portero saltó como un gato, pero no pudo hacer nada ante aquel trallazo. El balón pasó limpiamente entre los palos que nos servían de portería. Aquel gol dio la victoria a mi equipo. Estaba muy contento. Cuando me volví para celebrarlo junto a mis compañeros vi a mi padre que regresaba del campo con su bicicleta. Sí, mi padre era agricultor y trabajaba la tierra. En su granja cultivaba las cosas que a nosotros nos gusta comer como mandioca, ñame, maíz, arroz, patatas, judías, cebollas, tomates, zanahorias y todo tipo de verduras.

Mi padre había visto mi actuación y me felicitó con un fuerte abrazo. Terminado el partido me subió en su bicicleta y nos encaminamos hacia nuestra casa. Al pasar por el mercado, mi padre paró y compró un par de sandalias de goma que son las que nosotros usamos para jugar al fútbol y que llamamos batoula. Me las dio y me dijo:

- Las que usas ya están muy gastadas. Estas te ayudarán a mejorar el juego.

Después, mi padre y yo seguimos nuestro camino hasta casa y al llegar, mi madre salió a la puerta a recibirnos. Fue ella la que me ayudó a bajar de la bicicleta antes de darle un abrazo de bienvenida a mi padre y preguntarle cómo había ido su día en el campo.

- Demasiado sol - contestó él -. Pero pude despejar toda la parte inferior de nuestra parcela. Creo que la semana que viene podremos ir juntos para empezar a sembrar el maíz y las patatas.

- Muy bien, papá! - exclamó mi madre llena de alegría -. Mañana iré a buscar las semillas y afilaré mi azadón para estar preparada. Y tú, Sop, ¿por qué estás tan sucio hoy? ¿Y de dónde has sacado ese par de bautolas nuevas?



Yo le expliqué a mi madre que aquella tarde había jugado al fútbol en el estadio pequeño del pueblo. También le dije que las sandalias me las había comprado mi padre.

- Mi hijo, parece que no necesitas otra cosa que una pelota para ser feliz. Espero que de la misma forma que sientes pasión por el fútbol, la sientas por la escuela.

- Mamá, todo el pueblo sabe que soy un buen futbolista y que lucho todos los días para ser mejor y para hacer de nuestra familia una gran familia - le respondí yo.

- Cuando nuestro hijo juego a la pelota - intervino mi padre -, olvida todas sus preocupaciones. Es bueno que un niño se dedique primero a sus estudios y luego, cuando el tiempo se lo permita, juegue al fútbol. Pero debes recordar, Sop, que solo el fútbol no basta para tener éxito en la vida.

Yo le respondí a mi padre que entendía lo que me decía y le prometí que, para no decepcionarle, me dedicaría a las dos cosas, al fútbol y a los estudios, con la misma determinación.

Mi madre puso fin a la conversación al anunciar que la cena estaba lista y que era hora de que mi padre y yo fuéramos a darnos una ducha antes de comer. Y así hicimos.

Un poco más tarde, estábamos ya los tres sentados en el suelo alrededor de un tapete donde mi madre había colocado las ollas con los alimentos que había preparado, que es como comemos en mi pueblo. Recuerdo que aquel día teníamos arroz y pollo en salsa de cacahuetes. Estábamos dando buena cuenta de aquel manjar, cuando, de repente, escuchamos una gran explosión que tuvo lugar no muy lejos de donde estábamos. Mi padre, mi madre y yo nos quedamos como congelados, no sabíamos qué había pasado, hasta que escuchamos muchos gritos de gente que corría en todas las direcciones. Mi padre se levantó para ir a ver qué pasaba. En ese momento, una segunda explosión derrumbó parte de nuestra casa.

Recuerdo que mi padre se abalanzó sobre mi madre y yo para protegernos con su cuerpo. Debió ser en aquel momento cuando una bala perdida le alcanzó y terminó con su vida.

Mi madre y yo no tuvimos mucho tiempo para llorar la muerte de mi padre. A aquel ataque le siguió una operación del Ejército camerunés que pretendía expulsar a los rebeldes de la zona. Los soldados obligaron a todas las familias a abandonar nuestro pueblo. Fue así, como mi madre y yo tuvimos que dejar atrás lo que quedaba en pie de nuestra casa y huir de allí llevando sobre nuestras cabezas las pocas ropas que pudimos recoger.

Por el camino, mi madre me dijo:

- Hijo mío, sé que lo que acabamos de vivir es muy cruel. Por ello nos vemos obligados a dejar nuestro pueblo y todo lo que teníamos para salvar nuestras vidas y continuar con el trabajo que inició tu padre. Me han dicho que en Yaundé, la capital del país, no ha llegado la guerra, que allí no hay ataques y que las personas que han sufrido situaciones similares a las nuestras han encontrado refugio allí. Hacia allá nos encaminamos. En aquel momento me abracé a mi madre y llorando le dije que la seguiría a donde ella fuera y le prometí que me portaría siempre bien y que la protegería y que haría todo lo que estuviera en mi mano para hacerla feliz.



- Me esforzaré para secarte esas lágrimas y compensar la pérdida de papá - concluí mi discurso.

Mi madre se secó las lágrimas que le habían provocado mis palabras, me besó en la frente, me ayudó a colocarme mi hatillo de ropa sobre la cabeza y me dijo:

- Vamos, hijo, no dejemos que lo que nos ha pasado nos quite las ganas de vivir.

Mi madre y yo caminamos durante varios días hasta llegar a una pequeña ciudad donde pudimos coger el autobús que nos llevó hasta la capital.

Cuando después de viajar toda la noche llegamos a nuestro destino, mi madre me dijo que deberíamos dirigirnos hacia el barrio de Mokolo, que allí encontraríamos ayuda. Pero ninguno de los dos sabíamos cómo llegar hasta allí, nunca antes habíamos estado en una ciudad tan grande y con tanta gente y coches como Yaundé. Mi madre empezó a preguntar a los transeúntes y todos les daban explicaciones que no conseguíamos entender, hasta que un señor nos dijo que lo mejor era tomar un taxi que nos llevaría directos hasta el barrio que buscábamos.

Así hicimos, mi madre paró el primer taxi amarillo que pasó. Era la primera vez que yo subía en uno. En mi pueblo no había taxi, íbamos a todas partes andando o en bicicleta, como hacía mi padre. Desde la ventanilla del coche pude ver las grandes avenidas de la ciudad, sus edificios altos, todo el mundo andando con mucha prisa como si llegara tarde a algún sitio. Los jóvenes que venden todo tipo de cosas en los semáforos o en los grandes atascos que se forman de vez en cuando... Cuando por fin llegamos al barrio de Mokolo, solo teníamos que preguntar por la dirección de un conocido que vivía allí. Mi madre confiaba en que esta persona que venía de nuestro mismo pueblo nos ayudaría a asentarnos en la ciudad. Sin embargo, nuestra sorpresa fue enorme cuando nos dimos cuenta de que aquel barrio era grande como diez veces o más nuestra aldea. No sabíamos hacia dónde dirigirnos. Caminamos toda la mañana, preguntando por la persona que buscábamos, pero nadie parecía conocerla.

A media tarde, después de mucho caminar y preguntar sin encontrar respuesta, noté que mi madre empezaba a preocuparse. No teníamos todavía un lugar donde dormir aquella noche y tampoco teníamos dinero para poder ir a un hotel. Finalmente, habló con un tendero que estaba sentado a la puerta de su establecimiento:

- Perdone, señor - le dijo -. Hemos llegado esta mañana huyendo de la guerra, buscábamos a un conocido que vive en este barrio, pero nadie parece conocerlo. ¿Sabe usted de algún sitio donde mi hijo y yo podamos pasar la noche?

- No muy lejos de aquí han abierto un centro para acoger a las personas desplazadas que llegan huyendo de la guerra - explicó el tendero -. Ahora está muy lleno porque son muchas las personas que llegan allí cada día. Vaya rápido a registrarse antes de que se acaben las plazas, pero primero tome esta barra de pan con mantequilla para que coma su hijo, que parece muy débil.

Mi madre dio las gracias a aquel señor tan generoso y me pasó el pan. Yo lo comí enseguida. Llevábamos varios días viajando y me encontraba muy cansado y hambriento.

Mi madre y yo hicimos un último esfuerzo y caminamos hasta el campo de personas desplazadas que nos había indicado el tendero. Cuando llegamos allí ya era de noche. Nos recibió el responsable del campo que pidió que nos identificáramos, pero mi madre le dijo:

- Mi hijo y yo venimos de muy lejos, hemos sufrido mucho hasta llegar aquí. Tuvimos que salir corriendo de nuestro pueblo por los ataques de los rebeldes y del ejército. Una gran explosión destruyó nuestra casa y mató a mi esposo. En nuestra huida lo perdimos todo.

- Siento mucho todo lo que usted y su hijo han sufrido, señora - dijo el encargado del campo -. Pero como puede ver, no teneos mucho espacio aquí. Se pueden instalar provisionalmente en ese cobertizo junto a otras personas que se encuentran en su misma situación. Vaya con este papel al almacén y allí le darán un colchón y una manta. En cuanto a la comida, su hijo y usted tienen derecho a un pequeño cuenco de arroz dos veces al día porque ahora estamos escasos de alimentos, esperamos que en los próximos días lleguen más provisiones y la situación mejore.



Tras recoger un pequeño colchón y la manta que nos dieron, mi madre y yo nos instalamos, junto a otras personas que ya estaban durmiendo, en el cobertizo que nos habían asignado.

Aquella noche dormí largo y tendido porque estaba muy cansado. Por la mañana temprano, cuando nos levantamos, mi madre preguntó a los vecinos que dónde podíamos conseguir agua para beber. Una vecina le contestó: sé junto a ella con el agua que había recogido en el río. A mí madre no le sorprendió lo que le dije, pero me contestó:

- Su hijo puede seguir a esos niños que ahora mismo se encaminan hacia allí.



No me lo pensé dos veces. Cogí un cubo y me uní al resto de los chavales que iban camino del río. Me presenté a mis compañeros:

- Hola, soy Sop, acabo de llegar a este campo y me gustaría acompañaros a recoger agua.

Uno de ellos, que dijo llamarse Taba, me animó:

- Hola, Sop, únete a nosotros que vamos a buscar agua, pero también a bañarnos en el río.

Fue fácil hacerme amigo de aquellos chicos. Todos habían pasado por situaciones similares a la mía. En el río nos bañamos y jugamos por un buen rato antes de llenar nuestros cubos y emprender el camino de regreso al campo de personas desplazadas. Como ya tenía confianza con ellos, cuando tuve la ocasión les pregunté:

- ¿Se puede jugar al fútbol aquí?

- Por supuesto que sí - me contestó Taba -. Todas las tardes, a partir de las cuatro, nos reunimos a jugar. Si estás interesado puedes venir hoy.

No podían haberme dado mejor noticia. Así se lo comenté a mi madre cuando regresé junto a ella con el agua que había recogido en el río. A mí madre no le sorprendió lo que le dije, pero me contestó:

- Hijos mío, apenas has llegado aquí ¿y ya quieres jugar al fútbol? Descansa un par de días antes de ir al campo.

- Mamá, ya he descansado - le contesté yo -. Ahora quiero divertirme un poco con los demás niños.

- Está bien, pero recuerda que también tienes que ir a la escuela y que tienes que esforzarte con los estudios.

Le prometí a mi madre que así haría. Y con esa idea en la cabeza, a las cuatro de la tarde estaba en el campo de fútbol. Por fin, podía volver a calzarme las batucola que me había regalado mi padre. Como podéis imaginar, fue lo primero que cogí cuando tuvimos que salir huyendo de mi pueblo. Eran mi mayor tesoro.

Nos dividimos en dos equipos y muy pronto pude demostrar mis habilidades con el balón. A pesar de ser uno de los más pequeños de mi escuadra, dejé a todos boquiabiertos. Por eso, al terminar el encuentro, la persona que coordinaba las actividades deportivas me llamó y quiso hablar conmigo. Me preguntó por mi historia y lo que me había llevado hasta el campo de personas desplazadas por la guerra. Él se llama Paterson y está aquí conmigo. Él puede continuar con el resto de la historia.

Gracias Sop, sí yo puedo seguir ahora con la historia. Como bien os ha dicho Sop, me llamo Paterson y soy un exfutbolista de primera división. Jugué mucho tiempo a la pelota cuando era niño y, por falta de apoyo y orientación, mi carrera profesional terminó poco después de lesionarme. Como no había estudiado cuando era joven, me costó mucho encontrar trabajo. Por eso, he decidido trabajar con los jóvenes que juegan al fútbol para que no cometan los mismos errores que yo he cometido. Me gusta ayudar a los chicos a mejorar sus habilidades deportivas, pero sin olvidar que hay que poner el mismo empeño que ponen con la pelota en los estudios. Por eso, ayudo en el campo de personas desplazadas. Fue allí donde conocí a Sop y enseguida me di cuenta de que era muy bueno con el balón. Por eso, al terminar el partido le llamé y le pregunté quién era. Él me contó el ataque de los rebeldes a su pueblo, la muerte de su padre y cómo él y su madre tuvieron que huir dejando atrás todo lo que tenían. Me sentí conmovido por su historia y me dije que tenía que ayudarlo.



Le acompañé hasta el cobertizo donde vivía con su madre. Al verme con su hijo, la señora se asustó y pensó que Sop había hecho algo malo y que yo iba a enfadarme con ella o que iba a castigar al niño. Así que de entrada empezó pidiendo disculpas por cualquier travesura que el chico hubiera podido hacer y me rogó que no le hiciera daño. Yo tuve que tranquilizarla:



- Cállese, señora, no estoy aquí para hacerle ningún daño y tampoco a su hijo. He venido para ayudarla y ayudar a Sop porque he observado que tiene mucho talento para jugar al fútbol y me ha contado su historia y todo lo que ustedes han sufrido. Por eso, vine hasta aquí, para conocerla y ver cómo podemos hacer para que nos les falte de nada.

- Oh, gracias, señor. Le agradezco mucho que quiera ayudarnos - me respondió la señora Nkonmeu.

- Sí, vamos a ver lo que podemos hacer. Aquí en el campo de personas desplazadas la vida es muy difícil. Pero con el talento de Sop para jugar al fútbol, seguro que encontramos algo que pueda ayudarles a salir de aquí.

- El fútbol está bien, señor - me dijo ella -, pero mucho más importante es que mi hijo vaya al colegio. Si de verdad pudiera ayudar al niño, consiga que continúe sus estudios, entonces sí que sería de gran ayuda. Como soy viuda y perdí todo, pienso que lo mejor para Sop es que tenga una buena educación para que el día de mañana pueda tener un buen trabajo.

- No se preocupe, señora. Tengo la solución a su problema - le dije yo -. Aquí cerca está la ONG Ramassà donde seguro que pueden ayudar a su hijo a estudiar y a jugar al fútbol como a él le gusta. Mañana iremos a visitarles.

Al día siguiente acompañé a Sop y a su madre hasta el barrio de Etetak, que está en lo alto de las colinas de Yaundé. No es fácil llegar hasta allí si no conoces bien el camino. Mientras íbamos en el taxi que nos conducía hasta allí le expliqué a la señora Nkonmeu que la ONG Ramassà pertenece a un equipo de fútbol catalán que una vez vino a jugar a nuestro país y conoció las muchas dificultades que tenían los niños y jóvenes de ese barrio, por eso decidió ayudarles para que puedan jugar al fútbol y, sobre todo, para que puedan estudiar. Todos los días, niñas y niños tienen entrenamientos y por la noche clases de apoyo para sus estudios. La ONG también apoya con becas a aquellos jóvenes que no pueden pagar la matricula del colegio o los materiales escolares.

La sede de la ONG está en medio del barrio. Se distingue bien porque es un edificio pintado de rayas rojas y amarillas, como la bandera catalana. Allí encontramos a William que es el responsable de la ONG en Camerún y al que todo el mundo llama entrenador. Somos buenos amigos, de los tiempos en que los dos jugábamos al fútbol.



- Buenos días, entrenador - le saludé -. Hoy te traigo a este jovencito que he descubierto en el campo de personas desplazadas y a su madre. Tuvieron que huir de su pueblo a causa de la guerra y lo han perdido todo, necesitan de vuestra ayuda.

- Siento mucho su desgracia, señora - respondió William -. La guerra es una calamidad para todos. Esperemos que se acabe muy pronto.

- Gracias, señor - contestó ella -. El señor Paterson nos ha hablado muy bien de ustedes y de la labor que hacen aquí.

- Sí, así es - intervine yo -. Sop tiene un talento natural para el fútbol. Es muy bueno con el balón. Lo vi jugar ayer y me sorprendió tanto que dije que había que ayudarlo. Tiene solo diez años, pero es muy talentoso.

William miró durante un buen rato a Sop y a su madre antes de explicar que le gustaba que el niño fuera tan bueno en el fútbol, pero que ellos no buscaban jugadores, sino que lo primero y más importante para ellos es que los niños vayan al colegio y sean buenos con los estudios. Al oír eso, a la señora Nkonmeu se emocionó y sin poder reprimir las lágrimas dijo:

- Eso es justo lo que quiero para mi hijo. Él es muy inteligente e iba muy bien en la escuela, allá en nuestro pueblo. Ahora, desde que su padre murió y tuvimos que huir no ha podido asistir a clase, pero mi deseo es que lo haga lo antes posible.

William se sintió de nuevo conmovido con las palabras de la madre y le explicó:

- Cállese, señora. Vamos a hacer todo lo que esté en nuestra mano para ayudarles. Pero nosotros somos una ONG muy modesta y la sede central está en Cataluña. Nuestra capacidad de apoyo económico es muy limitada. Sin embargo, vista su situación voy a enviar un mensaje a la junta directiva del Ramassà y discutiré con el coordinador general su caso, y en especial el de su hijo. Si nos dan su consentimiento entonces veremos cómo cuidar de él.

Ramassà





A la señora Nkonmeu se le volvieron a saltar las lágrimas

- Cállese, por favor, señora - volvió a insistir William -. Para empezar, vamos a ayudarla a encontrar un lugar donde quedarse con su hijo, en el campo de personas desplazadas no hay sitio para nadie ya. También le voy a dar un poco de dinero para que pueda comprar algo para cocinar hoy para usted y su hijo.

William llamó a la secretaria de la ONG, Ngami, y le pidió que acompañase a la señora Nkonmeu y a Sop a una casa donde había una habitación libre en la que podían vivir los dos.

- Ngami les ayudará a instalarse - dijo el coordinador -. Cualquier cosa que necesiten pídanse la a ella. Y a ti, Sop, te espero mañana en el campo para empezar los entrenamientos con el resto del equipo.

Sop y su madre siguieron a Ngami y yo me quedé en el despacho de William mientras este se ponía en contacto con la junta directiva del Ramassà como había prometido. Después de explicar todos los detalles del caso, oí como la persona con la que hablaba le decía que tomase todos los detalles de la familia y que aunque los medios que tiene la ONG son limitados ese era un caso muy triste y que dada las ganas de estudiar y de jugar al fútbol que mostraba el niño iban a hacer todo lo posible para ayudarlo.

Así es como Sop entró a formar parte del programa de ayuda a la escolarización del Ramassà. Ahora estudia y juega al fútbol que son las dos cosas que más le gustan en esta vida.

- ¿No es así Sop?

- Sí así es, Paterson. Asisto a la escuela Les Grandes Merveilles, aquí cerca, junto a muchos de mis compañeros y compañeras. Por la tarde voy al campo de fútbol, que está en lo más alto del barrio, a entrenar. Somos varios equipos de chicos y chicas. De vez en cuando participamos en competiciones contra formaciones de otros barrios. Y luego, por la noche, voy a la sede del Ramassà donde hay organizadas clases de apoyo en las que nos ayudan a estudiar, para que podamos ser los mejores no solo en el campo de fútbol, sino también en el colegio. Si no hubiera sido por la guerra, mi padre estaría vivo y mi madre y yo seguiríamos viviendo pacíficamente con él en nuestro pueblo. Todo eso ha desaparecido, pero ahora, gracias a la ayuda del Ramassà mi madre y yo hemos encontrado un lugar donde vivir y yo puedo hacer las dos cosas que más me gustan: estudiar y jugar al fútbol.





La Associació Esportiva Ramassà es un club de fútbol del municipio de Les Franqueses del Vallès, miembro colaborador de la African Youth Initiative Network (AYINET) del Sr. Victor Ochen, y embajador de los Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS) de las Naciones Unidas. Desde junio de 2020, somos también una ONGD. Utilizamos el deporte como herramienta de transformación social.

Los proyectos que realizamos van siempre encaminados a fomentar la paz, el acceso a la educación y a la salud, y contra las desigualdades sociales, utilizando el deporte como herramienta de integración social de los niños, niñas y adolescentes en situación de vulnerabilidad socioeconómica.



#SOMRAMASSÀ

Queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita del titular del copyright, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluida la reprografía y el tratamiento informático, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley.

TEXTO: **AURÉLIEN MBARGA Y JOEL TAMKO**
ILUSTRACIONES ORIGINALES: **FRANCIS NGOMA**
COLOREADO DIGITAL: **MARC GIRBAU**
ADAPTACIÓN Y PRÓLOGO: **CHEMA CABALLERO**

© ASSOCIACIÓ ESPORTIVA RAMASSÀ
WWW.RAMASSA.COM | RAMASSA@RAMASSA.COM
EDICIÓ 2021 - CAMERÚN 2021
 IMPRESO CON PAPEL RECICLADO



Patrocina:



Colabora:

